

Del archivo de ECA, (Ibisate, 1995)

Los treinta años de la UCA

Como un signo de agradecimiento dedico estas memorias personales a la universidad con la que he convivido académicamente y que me ha desarrollado espiritualmente. Estas páginas no son la historia de la UCA, que otros han descrito mejor. Son simplemente memorias y anécdotas de quien ha tenido la suerte (destino de mis superiores) de hacer vida aquí, desde finales de 1966. Dedico estas memorias a mis compañeros y empleadas mártires, porque ellos son el signo sensible de la inspiración cristiana que desea ser la UCA. Y por ahí quiero comenzar mis memorias y mis anécdotas.

Aquel miércoles 16 de noviembre, desde nuestra casa contigua a la UCA, habíamos oído el largo ametrallamiento, ruidos de vidrios rotos, luces de bengala..., creyendo que era un enfrentamiento más de la guerrilla con la Fuerza Armada. Por eso, al acabar el toque de queda salí a la calle para ver dónde había sido el conflicto: en la esquina frente a nuestra casa había como una veintena de soldados. En ese momento llegaba Obdulio, con las manos sobre la cabeza y me dijo con los ojos llenos de lágrimas: "Padre, han asesinado a los padres de la UCA, a mi mujer y a mi hija". No hay espacio para traducir los sentimientos de ese instante. Baste sólo recordar el escenario de nuestros compañeros ametrallados en lo que sería el jardín de las rosas y los dos cuerpos superpuestos de Elba y Celina. Entre tantas preguntas una me golpeó: ¿por qué este asesinato múltiple precisamente en la UCA? ¿Qué hizo la UCA y cuál es su historia para que se haya querido tronchar esa historia?

Antes de iniciar esa historia, dos frases que se pronunciaron en la misa dominical y exequial de nuestros mártires. Mons. Medardo Gómez dijo, "Este crimen es un pecado que no tiene perdón, porque ha sido un pecado contra el Espíritu Santo y esos pecados no tienen perdón, porque se atribuye al mal espíritu (perversas acusaciones), lo que viene del Buen Espíritu, del anuncio de la Buena Noticia". Y entre otras cosas recordé que los autores del asesinato dejaron escrito en todas las columnas de la vivienda las siglas FMNL. No se puede perdonar a quien miente y no quiere pedir perdón. En esta misa exequial el P. Provincial, José María Tojeira, dijo: "No han matado a la UCA". Por eso, estas memorias no son el panegírico de un difunto, sino la historia de una institución que celebra sus treinta años. Ordenó los recuerdos por años.

Los años de 1965 y 1966. Llegué a la UCA en el mes de noviembre de 1966. Quien se explayaba contando los inicios de la UCA era el P. Joaquín López y López, uno de nuestros mártires. La Universidad de El Salvador era el *alma mater*, con carreras reconocidas regionalmente por su calidad académica; pero a los ojos de muchos padres de familia, estaba demasiado politizada, había luchas internas partidistas y excesiva convulsión confrontativa, todo lo cual no la convertía en la institución más propicia para la equilibrada reflexión académica... Esto decían entonces. Por eso, se movilizaron para lograr la aprobación oficial de la primera universidad privada.

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

Del archivo de ECA

Así es como, con bastante oposición de algunos diputados, pero con el firme apoyo del gobierno, la asamblea legislativa aprobó la Ley de Universidades Privadas (en marzo de 1965), dando luz verde a la existencia de la UCA. El acto inaugural de su fundación tuvo lugar el 15 de septiembre de 1965, fecha de la independencia centroamericana. Los cursos se iniciaron en 1966, en el edificio de los padres salesianos, junto a la iglesia de Don Rúa. (Recomiendo la lectura del libro del ingeniero Román Mayorga, *La universidad para el cambio social*.)

Poco antes de mi llegada había salido a hacer sus estudios de teología quien hoy es el P. Jon Sobrino. Había sido profesor de filosofía en el primer año de la universidad. Por ser el más joven de la comunidad lo llamaban "el tierno". Pocas semanas después de mi llegada aterrizó el P. Ignacio Ellacuría, con quien había convivido en algunas etapas de nuestros estudios. El rector de la naciente universidad era el P. Florentino Idoate; el secretario general, el P. Joaquín López y López (Lolo); los padres Ignacio Scheifler y Jesús Rodríguez Jalón eran profesores. Los primeros decanos fueron Edgardo Suárez para ingeniería y Rolando Duarte para ciencias económicas. De entre los profesores de aquel tiempo sigue entre nosotros el Dr. Raúl Arévalo y desde ese primer año cuida de la tesorería de la universidad nuestra Teresita Aguirre.

Tal como era de esperar, nacimos con gran oposición de la Universidad de El Salvador. Cosas de tiempos pasados. Nos llamaban "la femenina" y se negaban a reconocer las equivalencias de los estudios de nuestros alumnos, al igual que otras universidades nacionales del istmo. Algunos de nuestros benefactores no entendían bien las siglas de la UCA. Las leían como universidad católica, cuando en realidad nacimos como Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas", el libertador de esclavos. Esta identificación de la UCA con universidad católica ha creado sus problemas en nuestra historia, porque repetidas veces nos han solicitado o presionado para convertirnos efectivamente en universidad confesional e incluso en universidad pontificia. Nos hemos mantenido como Universidad Centroamericana (una corporación de

utilidad pública) de inspiración cristiana. No es éste el momento para explayarse sobre el tema.

Los años de 1967 y 1968. La preocupación era mohtar la universidad, establecer su infraestructura física sobre la cual se asentaría la estructura académica. A este respecto hay que hacer memoria de dos ilustres fundadores de la UCA: los padres Florentino Idoate y José María Gondra. Vistas varias alternativas de terreno, con las debidas asesorías, nos pareció el más idóneo el actual campus de la universidad, frente a la finca Palermo. Eran veinte manzanas de cafetal con una gran quebrada que descendía por el medio. Entonces conocimos a don Chabelo, el guardián de la finca, que por muchos años custodió la entrada sur de la UCA. El terreno allí estaba, pero había que conseguir el dinero: aproximadamente un millón de colones. La tarea de los padres Idoate y Gondra fue admirable, porque también hay que tener arte y valor para pedir.

Poco a poco se fueron sumando los "manzaneros", aquellas familias que se comprometían a donar de un golpe cincuenta mil colones (una manzana) o varias letras de cambio. La llegada de cada nuevo manzanero era celebrada en la comunidad con unos pastelitos. Por lo tanto, este es un momento para renovar nuestro agradecimiento a quienes hicieron posible que hoy tengamos nido propio. También es cierto, y es parte de nuestra historia, que algunos de nuestros benefactores no vieron con agrado el rumbo y el ideal de nuestra naciente universidad. En realidad fueron los hechos, la realidad nacional la que nos fue enrumbando.

Un suceso concreto. En 1967, el papa Pablo VI publicó la encíclica *Populorum Progressio* ("El desarrollo de los pueblos"). En el intercambio del verano de 1968, la comentamos entre los padres Ellacuría, Rodríguez Jalón y un servidor. La encíclica es tan fuerte y desagradable como la existencia de pueblos ricos y pobres en el ámbito internacional y de ricos y pobres en los países pobres. Ya salían a cuento las reformas estructurales y entre ellas la reforma agraria. A medida que avanzaba el curso, es decir, la encíclica, disminuía el número de asistentes y algunos nos habían ayudado con su dinero. Quizás fue la primera experiencia que se

repetiría muchas veces en nuestra breve historia.

Me olvidaba decir que entre los beneméritos de la UCA estaban, por supuesto, nuestros alumnos. Ellos nos daban apoyo con su amistad y alegría. Porque en ese entonces nos conocíamos todos con nombres y apellidos. Como suele decir la gente de edad, aquellos eran tiempos distintos. En la sección vespertina prolongábamos las clases hasta las diez de la noche y a las seis de la mañana, con frecuencia, podíamos saludar al presidente de la república, quien moto o en una gran moto o en un *Volswagen* escarabajo, venía a oír misa en la iglesia Don Rúa. He nombrado al coronel Julio A. Rivera porque, desde la presidencia, apoyó firmemente la aprobación oficial de la UCA, cuando algunos diputados, muy demócratas y muy cristianos, no veían con buenos ojos a la primera universidad privada. Más adelante, algunos de estos diputados han sido grandes colaboradores de la UCA, como profesores o jefes de unidad, o desde el gobierno nos ayudaron con una partida del presupuesto nacional. Cuántas veces hemos comentado, entre ellos y nosotros, estos cambios de vía.

A mediados de 1968, los padres salesianos nos comunicaron que necesitaban el edificio para sus obras parroquiales. En octubre emigramos con nuestros pupitres, archivos y escritorios al colegio Externado San José. Ellos estaban acabando el curso y compartimos clases y pasillos durante tres meses. En 1986 tuvimos oportunidad de devolverles el préstamo cuando el terremoto de octubre destruyó el colegio.

El año 1969. Román Mayorga lo llama el año del préstamo del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y de la fundación de la facultad de Ciencias del Hombre y de la Naturaleza. Yo lo recuerdo como el año del "nido propio". Eramos pequeños (unos mil alumnos), pero no íbamos a quedarnos enanos. Es inolvidable la alegría de aquel primero de enero cuando con el P. Gondra colocamos los pupitres en las aulas de los dos laboratorios de planta baja y en los edificios prefabricados, similares a los que hoy cobijan los talleres de mantenimiento, asistencia psicológica y servicio social.

Así comenzamos y todo el resto era cafetal.

Como esto es un recuento de memorias anecdóticas y no una historia historizada, no me detengo a listar las nuevas adquisiciones de decanos para las tres facultades ni de otros ilustres profesores. Pero no puedo dejar de mencionar al P. Luis Achaerandio, segundo rector de la UCA, al Ing. Román Mayorga, director del préstamo del Banco Interamericano de Desarrollo y posterior rector, ni tampoco al P. Luis de Sebastián, más adelante vicerrector académico. Con el préstamo del banco, que rondaba los cinco millones de dólares, se financiaría la primera fase de la infraestructura física (unos ocho edificios) así como la contratación de profesores. También se logró que el gobierno nos ayudara anualmente con unos 500,000 colones para inversión física. Los pupitres de las aulas se compraban con la venta de nuestro café.

En 1969 sucedió algo que no debía haber sucedido: el conflicto entre Honduras y El Salvador: una guerra de cien horas, que deshizo por diez años el mercado común centroamericano. En la revista *ECA*, propiedad de la Compañía de Jesús, que pasó a ser administrada por la UCA, se dedicó un número especial a este conflicto. Había que esclarecer la realidad. Por supuesto, no había sido "la guerra del fútbol". Los nacionalismos exacerbados no dejaban ver las raíces del problema. En el fondo, era una guerra de competencia económica interempresarial, que descargó su furia en los 300,000 campesinos salvadoreños que buscaban su subsistencia en el país hermano, más abundante en tierras. El punto era que si esos pobres campesinos eran violentamente expulsados de Honduras en 1969, ello se debía a que años antes habían sido expulsados de El Salvador, en virtud de la concentración de la propiedad de la tierra.

Ese era realmente el problema. A finales de 1969, la asamblea legislativa convocó al primer congreso de reforma agraria, en el Palacio Nacional. El hecho fue importante para la UCA, porque se tomó una posición racional y razonada entre quienes pedían la expropiación sin indemnización y quienes se negaron a discutir el tema. Estos últimos nos invitaron a abandonar con ellos el congreso. Inútilmente tratamos de convencerlos para que permanecieran en el congreso y analizar racio-



nal y técnicamente el proceso aún posible de reforma agraria. Permanecimos en el congreso, que por cierto terminó con algunas amenazas y actos agresivos esporádicos. Se había tomado una postura que, posteriormente, se tradujo en ataques escritos contra algunos miembros de la universidad.

Año de 1970. Este y el siguiente año fue un tiempo de deliberación sobre los objetivos y funciones fundamentales de la UCA. Teníamos reuniones continuas en todos los estamentos de la universidad. Ahí se fueron perfilando esas características que Román Mayorga resumió como universidad comprometida, universidad abierta, universidad conciencia crítica y constructiva y universidad integrada. Una universidad para el cambio social, que actúa con medios universitarios (no partidistas políticos) y desde una inspiración cristiana. El Centro de Reflexión Teológica de la UCA también inspiró este proceso de deliberación. La reflexión se traducirá dos años más tarde en la reorganización académica de la universidad.

Año de 1971. Sigue la deliberación y sigue aumentando el alumnado. Un hecho menor, que tuvo

sus consecuencias. Los maestros organizados en ANDES iniciaron una huelga reclamando incremento de salarios. Creímos que estas peticiones merecían una investigación, porque se trataba del problema de la educación, tan deficiente en el país. No se podía mejorar la educación si no se mejoraba a los educadores. El estudio nos llevó a concluir que el gobierno podía acceder a estas demandas y mejorar el presupuesto educativo si controlaba la evasión fiscal de impuestos directos e indirectos de sectores importantes de la población. Esta conclusión se apoyaba en los datos disponibles. Terminada la investigación, la envíamos a una imprenta que, por razones desconocidas, nos entregó el libro dos meses después de haber concluido la huelga. Nos quedamos con casi todo el inventario, y por añadidura, el gobierno nos negó la ayuda del medio millón para inversión física. La moraleja más importante fue que debíamos contar con nuestra propia imprenta si queríamos ser una universidad comprometida y todo lo demás.

Año de 1972. Año de alegrías y sustos. Después de muchas idas y vueltas, me concedieron la nacionalidad salvadoreña, quizás por ser buena

persona. En el interior de la UCA se llevó a cabo la reorganización académica en departamentos y decanatos, que ahora no hay que explicar, pero al comienzo no le atinábamos del todo. A los decanos nos ubicaron en la administración central y a los profesores, agrupados por disciplinas, se les instaló en diversos rincones, porque todavía no existían los cubículos de los “pollos campero”.

Fuera de la universidad ocurrieron sucesos tristes. Las elecciones de 1972 fueron desvergonzadamente fraudulentas, y por añadidura, el gobierno decretó, no el cierre, sino la invasión y desalojo de la Universidad de El Salvador. Los invasores se llevaron absolutamente todo. La biblioteca se vendía por metros y las máquinas de escribir y el equipo de los laboratorios a precios de mercado de pulgas. Las repercusiones llegaron a la UCA el siguiente año.

El año de 1973. Continuando con la reorganización académica se crearon el Instituto de Investigación, el Centro de Proyección Social, la Secretaría de Comunicaciones y el decanato de estudiantes, con la reformulación del servicio social. Dos de las investigaciones merecen especial mención. Pequeños como éramos, el Banco Mundial nos encomendó y financió la investigación del “Costo beneficio de la electrificación rural”. Aparte de la importancia de la investigación para el sector campesino latinoamericano, ella nos permitió congregarse a unos trece buenos investigadores. Si no me falla la memoria, entonces trabajó con nosotros el actual Ministro de Hacienda, Manuel E. Hinds. Siguió otras investigaciones sobre vivienda mínima y seminarios sobre reforma agraria. Quiero detenerme en la investigación “año político 1971-1972”. Habían terminado sus estudios en la Universidad de Chicago los padres César Jerez y Juan Hernández Pico y se les pidió que rompieran lanzas, analizando el turbio proceso político electoral.

Antes de terminar el año, la investigación estaba concluida y las conclusiones eran patentes. Fue uno de los momentos difíciles para la junta de directores. La razón de ser de la UCA exigía su publicación, pero podían derivarse represiones personales, físicas o financieras para la universi-

dad. Se decidió que el rector, el P. Luis Achaerandio, y algún otro acompañante fueran a entregar al presidente de la república el fruto de la investigación y a solicitarle el subsidio de medio millón para las inversiones. Resultó lo inesperado: el coronel Arturo Armando Molina dijo que iba a estudiar con detención la investigación y solicitó un espacio en *ECA* para demostrar que él era el presidente constitucional. Y además, prometió la subvención solicitada. Esta llegó, pero el coronel Molina no encontró tiempo para enviar su artículo a *ECA*.

Los años de 1974 y 1975. Salto los años de dos en dos para no alargarme. Asentada la estructura académica había que formalizar el escalafón del personal de la universidad: asegurar ingresos, asignar categorías, derechos y deberes y ampliar la seguridad social. También se estructuró el sistema de cuotas diferenciadas de los alumnos, de manera que —presupuesta la capacidad académica— las puertas de la universidad no se cerraran a personas de menores ingresos. Por otro lado, dado que la formación universitaria es la inversión con mayor tasa de retorno, debían pagar más quienes pudieran hacerlo.

En 1974 se fortaleció el Centro de Reflexión Teológica con la llegada del P. Jon Sobrino, que ya no era tan “tierno” y tampoco era muy tierna la teología latinoamericana de la liberación. Esta se convirtió en otro de los chivos expiatorios (en sentido bíblico) sobre el que descargaron sus amenazas, y algo más, las autoridades civiles y a veces también otras autoridades, que la conocen de reboote o de oídas malas. De hecho, el Centro de Reflexión Teológica primero y el Centro Monseñor Romero después llevan las cicatrices de la persecución.

Pero no han sido los únicos perseguidos. En 1975 inauguramos nuestra imprenta, junto con UCA Editores. En 1976, el Centro de Cómputo, situado inicialmente en la actual administración central. Y fue por estos lugares por donde se iniciaron en el “argumento del explosivo”. En la casa de *ECA*, donde ahora viven los profesores visitantes; en la primera imprenta, donde ahora está el taller de mantenimiento; en el inicial centro de

cómputo, donde ahora están UCA Editores, cuotas diferencias y el decanato de ciencias económicas y por supuesto en la casa de Mediterráneo 50, donde ahora seguimos viviendo varios jesuitas. Lo que nos aconsejaron entonces es que no había que salir al primer bombazo, por si había un segundo o tercero y esto pasó en varias ocasiones.

Año de 1976. De este año conviene hablar en singular. El tema de la reforma agraria no era sólo la voz de los sin voz desde el mencionado congreso organizado por la asamblea legislativa. El plan de desarrollo económico y social de 1973-1977, la consideraba como una de las reformas estructurales principales, junto con la reestructuración fiscal. La Fuerza Armada había tenido seminarios sobre su necesidad y modos alternativos. Esto aparece claramente en la proclama de los jóvenes militares que tres años más tarde darán el golpe de Estado del 15 de octubre. La reforma agraria era moneda corriente y candente entre las organizaciones campesinas, que se fortalecían, y entre todos los grupos e individuos de buena voluntad.

La razón y la presión de tantos grupos sociales motivan al gobierno, respaldado por la Fuerza Armada, para que la asamblea legislativa apruebe y decreta un proyecto de transformación agraria. Por supuesto, la UCA tenía que tomar postura frente a otras posiciones y no me refiero aquí a la fuerte oposición del Frente Agrario de la Región Oriental (FARO) y de otros grupos similares. Para algunos partidos o fracciones políticas, el proyecto era parcial geográfica y técnicamente y servía sólo para que el gobierno de turno se robara la bandera reformista: no querían apoyarlo por razones más bien partidistas. Esta postura era también defendida por varios académicos de la UCA. Pensamos, que la UCA debía apoyar el inicio de un proceso de reforma agraria. En este sentido, debíamos apoyar universitariamente este proyecto que abría sendas para caminar por lo bueno hacia lo mejor. Se preparó un número especial de *ECA* sobre el tema, tratando los objetivos, los aspectos técnicos, la necesidad de crédito, las implicaciones filosóficas, políticas y ética, que harían sostenible un proceso de reforma agraria.

Pasamos del entusiasmo a la gran decepción. El número de *ECA* salió a la luz dos o tres días

después de que el presidente Molina y los suyos revocaran el decreto y dieran marcha atrás. Quiero decir que, en ese momento, renunciaron algunos ministros y técnicos del gabinete, quienes habían estudiado y ocupado cargos administrativos en la UCA. En nombre de las mayorías no debíamos guardar silencio. El editorial de la *ECA* del mes de octubre, titulado "A sus órdenes mi capital" hizo ruido en varios sentidos. Nos habíamos quedado solos, defendiendo lo que había que defender: la oportunidad para iniciar una reforma agraria. Por supuesto, el editorial hizo ruido. En la noche del 2 al 3 de diciembre —lo recuerdo muy bien—, estalló una fuerte bomba en el edificio de la administración central, donde hoy se encuentra la tesorería, abriendo un boquete enorme, destrozando archivos, ventanales y paredes de la primera y segunda planta. Me hallaba platicando con un profesor en mi decanato, en la segunda planta. Son de los sustos que no se olvidan. Eran aproximadamente las 8:30 de la noche.

Quiero detenerme a hacer dos comentarios, que muchas veces hicimos en aquellos días. He dado la hora del bombazo porque esa noche dos de nuestras empleadas de tesorería se habían quedado cerrando caja, como dicen, porque los alumnos habían pagado el fin del ciclo y los exámenes finales. Las oí cuando salían y nos dimos las buenas noches. No habían pasado cinco minutos y estalló la bomba sin herir a ninguna de ellas. La reflexión es que en la UCA hemos sido testigos dolientes de unos veinte bombazos, o treinta si contamos las bombas que no explotaron. Y nunca tuvimos que lamentar una desgracia personal de miembros de la universidad. ¿Cuál es la explicación, la Divina Providencia, el ángel de la guarda o santa Bárbara, que es la patrona de los artilleros? Escoja usted.

El otro comentario era más largo, pero lo abrevio. Este editorial de *ECA* nos costó el bombazo y el subsidio para inversión, el cual nos fue negado por el gobierno. Y debo hacer memoria de un hombre, puntal de la UCA, el siempre recordado P. José María Gondra. Después de este bombazo tuvimos que ir a la compañía de seguros: nos reconocieron 25,000 dólares por daños y perjuicios que, por supuesto, no cubrían los daños físicos y

1155

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

psicológicos. Y así en varias ocasiones, entre las cuales recuerdo la noche del 28 de diciembre de 1979, los santos inocentes, cuando el bombardeo estalló en el Centro de Cómputo, situado donde ahora está mi decanato, que aún guarda algunas cicatrices. A la mañana siguiente de nuevo a la compañía de seguros. ¿Qué conclusión se podría sacar?

Ser conciencia crítica y constructiva de la realidad nacional tuvo siempre consecuencias financieras desagradables y también humanas. El P. Gondra había mendigado, y no retiro la palabra, la ayuda económica de algunas familias pudientes y medio pudientes para hacer la UCA, sus terrenos y sus inicios; y siempre mantuvo esta difícil tarea. A él le tocaba enfrentarse con los números rojos que nos dejaban estas agresiones físicas y también la agresividad y el retiro de amistades que inicialmente nos habían ayudado. Para él, la fidelidad a la universidad le causó muchos disgustos. Aunque los disgustos nos tocaban a todos, el P. Gondra solía decir: "Ellacuría, Ellacuría, vosotros escribís cosas muy valientes, pero a mí me toca pagar las consecuencias". Como dice san Juan al final de su evangelio, que de Jesús se podrían escribir muchos libros, yo digo que también del P. Gondra se podían escribir muchas páginas, porque quienes lo conocimos sabemos todo lo que la UCA, los profesores, los empleados y los alumnos le debemos al P. Gondra. Además, él fue el fundador de otra UCA, del equipo de fútbol... Por eso le dedicamos su pirámide memorial junto a la zona deportiva.

Año de 1977... Me estoy alargando demasiado, pero es que aquellos años de los setenta fueron bastante tristes. Después del decreto de transformación agraria "con marcha atrás" se sucedieron muchas marchas, relativamente pacíficas, porque además de otras enfermedades sociales, la inflación se hacía sentir desde 1972. Y la mayoría de estas manifestaciones terminaban con agresiones de los cuerpos de seguridad y desgraciadamente con varios muertos. Las llamadas "derechas" se habían fortalecido, controlando cada vez más al gobierno y se tornaban cada vez más agresivas; la defensa de los intereses propios se tradujo en persecución de los intereses de los demás, olvidando que los mártires fortalecen los movimientos insurgentes. En el martirologio comienzan a entrar tam-

bién algunos sacerdotes.

A la "Sombra Negra" la llamaban entonces la "Mano Blanca" y a saber por qué razones la "Mano Blanca" anuncia públicamente que si los jesuitas no salen del país para el 1 de julio de 1977, comenzarían a eliminar a algunos de ellos. La amenaza se repitió en algunos medios de comunicación como si fuera una teletón. Pensamos que no debíamos abandonar nuestras obras, aunque pudiera suponer cierto riesgo, porque al mes siguiente se podía repetir similar amenaza contra otros religiosos o religiosas comprometidos en la misma pastoral o en una labor educativa similar. Optamos por quedarnos, pero hay que ser sinceros: cuando salí a decir misa aquel 1 de julio, miraba de reojo para ver si se divisaba alguna persona sospechosa. Al regresar, lo he recordado varias veces, estaba llamando *Radio Caracol* de Colombia, preguntando ya se imaginan qué... También hay que decir que de víspera nos habían colocado unos soldados delante de las dos casas donde vivíamos los jesuitas que trabajábamos en la UCA. Primero Dios, no nos sucedió nada.

Parecería que los perseguidos y amenazados éramos los jesuitas. Y esto no es cierto, porque los amenazados y perseguidos éramos todos los miembros de la UCA. Las bombas no detectan el carnet de identidad. Eran bombas para todos, directivos, administrativos, académicos, empleados todos y alumnos todos. Las amenazas creaban inseguridad a todos y todos nos quedamos en la UCA. Todos creímos que merecía la pena arriesgar algo o mucho, personal y familiarmente, por fidelidad a los ideales de la UCA. Más que los sueldos era la mística lo que nos mantenía en nuestra tarea. Por eso nos agradecemos todos a todos.

Puse 1977... y puntos suspensivos para dejar un espacio muy especial para la figura de Mons. Romero. Entre los sacerdotes asesinados estaba el P. Rutilio Grande. Parece que éste fue uno de los asesinatos que más impresionó la misericordia del buen pastor. Luego vendría la procesión silenciosa del "Basta ya". Mons. Romero nos inspiró a todos y por ello gozó de todo nuestro apoyo. No hace falta hablar de sus homilías que se escuchaban desde las patrullas de la Policía Nacional. Claro

que la traducción era muy divergente. La radio más escuchada entonces era la YSAX, la radio del arzobispado. Quienes llevan un tiempo en la UCA recordarán cómo cada mañana preparábamos breves comentarios académicos sobre los sucesos del día. Al medio día y a la noche casi medio El Salvador escuchaba los comentarios, pero había que ir cambiando de lector para que no identificaran a la persona; esto mismo podía ser peligroso, porque a la radio YSAX también la “bombaron”.

Comienzan a florecer las revistas departamentales: *ABRA*, el *Boletín de Ciencias Económicas*, las revistas de ingeniería. Los ingenieros organizan varios simposios internacionales sobre temas de tecnología apropiada en países en desarrollo. Las carreras de sociología y ciencias políticas bullían a todo vapor, porque congregan miembros de todos los paralelos políticos y algunos nombres comienzan a aparecer en las listas negras. Debido a los sucesivos cierres parciales o totales de la Universidad de El Salvador, la riada de inconformes llega también a la UCA.

Una masacre masiva junto al Seguro Social da origen a un grupo estudiantil llamado FUR 30. Ya se preveía que las elecciones de 1978 no serían muy honestas y las paredes de nuestras aulas lo resintieron de vísperas. Estos jóvenes estudiantes, además de sus mantas y pintadas, querían una posición más confrontativa de parte de la UCA, amén de otras peticiones no muy académicas a favor de todos los nuevos estudiantes. Un determinado viernes (no recuerdo la fecha) nos hicieron una toma pacífica de la administración central: ahí quedamos encerrados los padres Ellacuría, Gondra, Ignacio Martín Baró, un servidor, Fredy Villalta y otros académicos durante la noche del viernes y todo el día sábado. Lo recuerdo porque la misma noche que estos estudiantes nos tuvieron encerrados en la administración central, otros armados muy distintos ametrallaron la casa del Mediterráneo 50, donde vivían varios jesuitas que trabajaban en la UCA. Les dijimos a estos estudiantes: parece que los extremos se juntan para complicarnos la vida. La noche del sábado enviaron a un miembro más representativo del FUR 30 para que nos explicara cómo debía ser una universidad para el pueblo. Pocas veces vi tan afilada la nariz

del P. Ellacuría y el natural rapapolvo terminó con la arenga. Temiendo que pudiera repetirse en la UCA lo que había sucedido la noche anterior en la vivienda de los jesuitas, determinaron que había que planificar la salida. La planificación se redujo a que con los carros de la universidad fuimos depositando a nuestros plagiarios en varias esquinas de la ciudad. Son recuerdos graciosos de tiempos difíciles.

Habíamos cumplido con los objetivos del primer préstamo del Banco Interamericano de Desarrollo y caso algo anormal, habíamos terminado todos los edificios proyectados y sobraba algo de dinero. Vista la sana administración, el propio banco nos sugirió solicitar un nuevo préstamo. Esta vez de nueve millones de dólares para construir casi todos los edificios que hoy tenemos, actualizar los laboratorios de ingeniería, el centro de cómputo, la imprenta, especializar profesores con estudios de postgrado, otorgar crédito educativo a los alumnos, actualizar la biblioteca y adquirir otros implementos académicos. Se trataba de un préstamo blando. Pero a partir de 1986, la primera devaluación del colón duplicó el servicio de los intereses y del principal. En la década de los ochenta hubo arreglos con el gobierno para compartir los pagos hasta que en 1990 lo acabaron de pagar nuestros mártires, derivando una parte de la ayuda estadounidense a deuda gubernamental.

Año de 1979. Dos golpes de Estado. Las elecciones de 1978 habían sido tan escandalosamente viciadas que ni siquiera se pudieron dar estadísticas oficiales. Por una sumatoria de razones políticas, económicas, sociales y humanas, un grupo de jóvenes militares dio un golpe de Estado en octubre de 1979. Merece la pena releer su proclama, porque en varios puntos coincide con la letra de los acuerdos de paz. Pero el golpe de Estado fue un golpe académico para la UCA. Comenzando por el Ing. Román Mayorga y el Dr. Guillermo Ungo, unos treinta administrativos y profesores fueron a ocupar puestos de gobierno más arriba o más en el medio. Gloriosa donación y sacrificio por parte de la UCA que, por desgracia, no duró mucho tiempo. Se habló en ese momento de un gobierno de la UCA y del *Yellow Book*. El libro amarillo era simplemente una propuesta económi-

ca, que habíamos elaborado entre varios profesores, en sustitución del "Plan de bienestar para todos", editado por el gobierno mal electo con más fotos que buenas ideas.

Era alegre ver aquellas caras conocidas hablando en la televisión y de vez en cuando sacando ideas del "libro amarillo". Lo de amarillo era simplemente que las cartulinas eran de ese color, como podían haber sido blancas o rojas. Pero esto nos supuso un desgaste de académicos y tuvimos que dejar para mejores tiempos las maestrías de economía, teología y por las mismas razones se cerró la carrera de ciencias políticas, mientras que la de sociología perdió alumnos. La gran efervescencia rondaba en el interior del nuevo gobierno. En el interior de la UCA había que llevar a cabo una reorganización de fuerzas y de ánimos, y una restructuración de las vicerrectorías académica, de proyección social y administrativa y de la secretaría general. Se diseñó el trabajo. Entonces se planificó lo que será el Centro de Pastoral, junto con el profesorado de Ciencias Religiosas y Morales.

Año de 1980. Año trágico en varios aspectos. El golpe de Estado no había logrado golpear los hábitos represivos de los cuerpos de seguridad ni del ejército, ni fueron removidos todos los mandos altos y medios que exigía el cumplimiento de los objetivos de la proclama militar. Poco a poco, hombres de buena voluntad se sintieron defraudados y engañados: su conciencia no les permitía seguir al frente o dentro de un gobierno, donde las fuerzas militares seguían repitiendo los mismos atropellos. El 28 de diciembre, día de los santos inocentes, cuando nos pusieron las bombas en el centro de cómputo, veníamos de despedirnos del Ing. Román Mayorga que se retiraba de la junta y se exilaba fuera del país. En forma parecida se fueron retirando y exilando otros muchos de nuestros ex profesores.

¿Quién no recuerda la tarde del 24 de marzo, cuando estábamos dando nuestras clases y nos anunciaron el asesinato de Mons. Romero? Fue la sensación de entrar en un largo, muy largo eclipse de sol. Si se habían atrevido a asesinar a Mons. Romero, cualquier cosa era esperable de las manos blancas y negras. Recuerdo un dicho de Ota

Sik, al ver tronchada su primavera de Praga: contra la fuerza bruta no queda más remedio que armarse de paciencia. Unos optamos por la paciencia, otros optaron por dejar el país por un tiempo y por razones obvias de seguridad personal. So pretexto de combatir la insurgencia organizada se reinició la caza de brujas. Vuelta al eclipse de sol. Quiero decir con esto que algunas reuniones de la junta de directores las tuvimos fuera del país: alguno de sus miembros, por razones de seguridad, tuvo que ausentarse por un tiempo. El Ing. Axel Soderberg, adscrito a la UCA desde 1967, quedó en el cargo de rector en funciones. ¡Qué momentos tan tensos pasamos en aquellos días al multiplicarse las agresiones escritas contra los miembros de la universidad!

Me resulta difícil concentrar en pocas líneas las vivencias universitarias de la década, no perdida, sino destruida. Muchas cosas se van a quedar en el tintero, pero también quedan en la memoria de todos. Tal como nos lo recuerdan los graduados en sus discursos en el acto de entrega de títulos, digamos que los alumnos fueron los grandes animadores de la UCA, perseverando en sus estudios, en condiciones tan adversas de inseguridad y toques de queda. Como botón de muestra y saltando nueve años en el calendario, el lunes siguiente a la ofensiva militar de la guerrilla en la capital, estando copada la universidad por fuerzas gubernamentales, los alumnos se asomaban a las verjas de las entradas para preguntar si había clases. Pusimos unas cartulinas: "Hoy no hay clase". Creo que esa fue la única semana que no pudimos dar clases en todo el historial de la UCA. Han sido nuestros alumnos los principales acompañantes de la década conflictiva. Con unos alumnos así no había más remedio que seguir dando las clases.

Siento y creo que frente a la turbulenta situación nacional, en esta década se percibe más sensiblemente la integración de ser conciencia crítica y conciencia constructiva de la realidad social. Esta integración es similar al concepto de "progreso", definido como un proceso de creación destructiva, o invirtiendo las fases temporales, como un proceso de destrucción creativa. Frecuentemente, el orden establecido sólo quiere percibir la primera fase temporal y la califica de acción deses-

tabilizadora, destructiva. Al quedarse en la denuncia, sin percibir el anuncio, trama la persecución y la destrucción del progreso universitario y social. Creo que así comienza y así termina la historia de la UCA en la década de los ochenta. Resumo sólo algunos hechos históricos.

Desde el inicio de la década varios editoriales de *ECA* y otras publicaciones intentaron crear conciencia de que la guerra no era la solución, sino la agravación de todos nuestros problemas, comenzando por el irrespeto de la vida humana. Quedamos mal con quienes ya habían optado por la guerra prolongada o por el sudor, la sangre y las tumbas ajenas. Si no podíamos detener la guerra, se hizo el mayor esfuerzo por acompañar y apoyar el diálogo desde La Palma hasta los compromisos de Esquipulas II.

Cobra creciente auge y compromiso el Instituto de Derechos Humanos, en conexión con otros institutos nacionales e internacionales. Los derechos humanos son una de las primeras víctimas de la guerra. La labor del instituto se volvió un tanto ardua luego del asesinato de los padres y las dos empleadas de la UCA, tratando de iluminar las tortuosas sendas del juicio que, entre otras deficiencias, termina ignorando el principio de Núremberg.

En la misma línea de acción se inaugura el Instituto Universitario de Opinión Pública (IUDOP) que, a través de encuestas técnicamente realizadas, da la oportunidad de expresión a quienes no tienen voz o sólo media voz. Se inicia así una nueva forma de consulta abierta y otros nos imitan y no falta quienes protesten. El IUDOP sigue siendo respetado en nuestros días.

Otra importante vía de expresión pública serán las cátedras de realidad nacional, dado que se había apagado la voz de otra "cátedra". Los temas eran nacionales, aprovechando a veces personalidades particulares. Tal es el caso de la búsqueda de la paz. Por eso, la UCA concedió el doctorado *honoris causa* al Dr. Oscar Arias, en ese entonces presidente de Costa Rica, galardonado con el título del hombre de la paz.

Se fortalece el CIDAI, con el fin de que la comunidad universitaria y otros investigadores exter-

nos dispongan de suficientes documentos que les informen sobre los variados espectros de la realidad nacional. *Proceso* se vende como pan caliente.

Cobra cada vez mayor resonancia la tenaz e intensa investigación del P. Segundo Montes sobre los desplazados y emigrantes a Estados Unidos y sobre los flujos de "pobre dólares", que desde entonces comienzan a rivalizar con los ingresos por las exportaciones. Triste es decir que el flujo de pobre dólares también rivalizaba con la gran fuga de capitales, de otros grupos, y que a lo largo de la década se acercó al monto de la deuda externa. Cuando Mons. Rivera erigió la parroquia de la UCA hizo una especial mención a esta importante investigación del P. Montes. Como estas páginas son mis anécdotas, añado una que hace al caso. Dos días antes de su asesinato, el P. Montes me llamó a su oficina para que opinara sobre una de sus conclusiones: sumando los miles de salvadoreños que por meses y años estaban trabajando con sueldos muy inferiores al trabajador estadounidense se llegaba a la conclusión, completamente cierta, de que no era El Salvador quien estaba en deuda con Estados Unidos, sino que éste estaba muy endeudado con El Salvador. A pocos de nuestros mediadores se les ha ocurrido esgrimir este argumento al discutir el o los decretos 187.

En otra línea de crear conciencia cobran creciente resonancia internacional las investigaciones del P. Ignacio Martín-Baró en el campo de la psicología social. Los profesores y alumnos de psicología lo saben ponderar mejor. El único defecto que me atrevo a atribuirle al P. Nacho es que, si no lo hubieran asesinado, él sólo se hubiera acabado, porque el único concepto que manejaba era el trabajo con cero de descanso.

Por su parte —y es la parte superior de la UCA— el Centro de Reflexión Teológica y Centro de Pastoral o, uniendo ambas funciones, el Centro Mons. Romero, inspira dentro y fuera del país la imagen del "pueblo crucificado", desde la visión evangélica de la teología de la liberación. Sigue siendo triste que a la liberación la califiquen de desestabilización cuando en economía priva el liberalismo. Por lo visto, la libertad es un privilegio de pocos.

También los problemas económicos se agudizan y hay que pasar a los modelos constructivos. Se venía barajando desde hacía un tiempo abrir la maestría en economía, para la cual se habían formulado varios esquemas, esperando el regreso de algunos profesores con estudios superiores. Esto se tradujo más adelante en la creación del Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales (IIES-UCA), adscrito al departamento de economía. Era necesario, porque el finalizar la década iniciaron sus labores otros institutos de investigación económico social, no todos con el mismo raciocinio o compromiso social.

Se abre la carrera de ciencias jurídicas con el deseo de profundizar en la historia y la filosofía del derecho. También en esta área el país necesitaba, antes y ahora, un proceso de saneamiento. Con esta afirmación está de acuerdo hasta la Corte Suprema de Justicia, por lo menos la de ahora. Y se abren también las maestrías de teología y administración de empresas, dos órdenes de la vida íntimamente ligados, como consta en la historia de la primitiva Iglesia, donde junto con los apóstoles y los teólogos, se instituyeron los diáconos para que a nadie le faltara su taburete y su con qué.

Avanzada la década, el entonces Ministro de Educación nos pasó un primer proyecto de ley de educación superior. Hoy día, todas las universidades han aprendido la música de docencia, investigación y proyección social. No era así en el primer proyecto: investigación eran las tesis de los alumnos al final de carrera; proyección social era el servicio social del alumnado. En resumen, que las universidades eran ellas mismas y para sí mismas, aunque el preámbulo del proyecto entonaba considerandos gloriosos. De entonces para acá hemos colaborado bastante para crear conciencia sobre lo que es la verdadera proyección social universitaria en nuestro país. Como esta ley ha sufrido tantos tiempos y movimientos, no sabemos si saldrá un decreto o una piñata, por los golpes que le están dando.

La proyección social se derrama (la teoría del derrame) desde las revistas de la UCA y desde UCA Editores, que tiene unos 215 títulos en una variada gama de saberes académicos. Esto puede suponer ciertos déficits, porque entre costos crecientes

de impresión y ganancias decrecientes de lectura, año con año nos quedan algunos inventarios. Son los costos financieros de la teoría del derrame.

En el país no todos saben leer y escribir, pero todos gustan oír la radio y si se puede ver una televisión, aunque sea en blanco y negro, que así suelen ser las noticias. De ahí el énfasis que el P. Ellacuría, rector, ponía en montar la radio y realizar programas de televisión, en cuanto fuera posible. Pero no bastaba con crear la radio. Era menester formar los técnicos y los profesionales de la radio, de la televisión y del periodismo. No hace falta insistir en su importancia, ahora que anda en litigio la ley de la mordaza o la liberación de la verdad. Así fue como se buscaron los fondos para abrir "la voz con vos", los programas de videos y se revisaron y revisaron los planes de estudio de ciencias de la comunicación. Dolorosamente, algunas de estas realizaciones no las lograron ver quienes más las impulsaron... Ahí está en marcha creciente la carrera de medios de comunicación, en un edificio especialmente equipado; ahí resuena cada día la radio y de vez en cuando hemos gustado los interesantes programas de videos.

Al terminar la década de los ochenta se troncha el proceso de creación destructiva, convertido en destrucción destructiva en la mente de quienes realizaron lo que Martha Doggett titula *La muerte anunciada*. Como dijo Mons. Rivera: "Los mató el mismo odio que mató a Mons. Romero". Por aquí comencé y por aquí quisiera acabar, porque la década de los noventa ya no son memorias, sino hechos presentes. "La UCA no ha muerto", dijo el P. Tojeira. Y si la UCA no ha muerto queda algo por añadir.

Sabemos que no fue tarea fácil reemplazar a los seis jesuitas asesinados. Fue un golpe muy duro. Recuerdo el momento en que, estando en nuestra casa, el P. Provincial le pidió al P. Miguel Francisco Estrada que aceptara el cargo de rector de la UCA. Más que nunca este cargo era una gran carga porque había que recomponer muchas cosas, comenzando por la misma junta de directores. Esta memoria no puede terminar sin un agradecimiento al P. Estrada, porque quiso aceptar este difícil compromiso. Mi agradecimiento tiene algo de memoria. En 1950 nos conocimos por primera vez

haciendo nuestro noviciado en Santa Tecla y parte de nuestra vida la hemos caminado juntos.

Recuerdo que en las navidades de 1989 estábamos algo preocupados por la posible disminución del alumnado a raíz de los sucesos y de los ataques contra la UCA. Preocupación fallida: hubo tantas o más solicitudes de ingreso de nuevos aspirantes y los alumnos antiguos perseveraron con orgullo en su universidad. Incluso circulaba una viñeta: "Soy UCA 100%". Esta viñeta hay que dedicarla también a todos los profesores, jefes de unidad, personal administrativo y demás trabajadores con o sin uniforme. Creo que podemos decir que no hubo deserción, sino orgullo de seguir estando en la UCA.

En razón de ser uno de los antiguos inventarios de la UCA, quiero agradecer los valiosos refuer-

zos, jesuíticos y no jesuíticos, que se han sumado a esta tarea universitaria después y a raíz del asesinato de nuestros compañeros y empleadas. Les ha atraído esta universidad, no por sus bonitos jardines y su paisaje (lo cual es muy cierto), sino porque se respira un aire académico y teológico distinto, que les hace sentirse más realizados que en sus países de origen. Esto mismo nos ha pasado a otros muchos. Lo importante es que su venida y su colaboración nos siguen reconfortando. El resto de la historia ya no son memorias, sino un presente que cumple treinta años. Ojalá que estas breves memorias y el sexto aniversario de nuestros mártires nos ayuden a reavivar nuestra historia. Para algo tiene que servir tener memoria.

Francisco Javier Ibisate

